

DESTEPHEN, Sylvain; DUMÉZIL, Bruno; INGLEBERT, Hervé (ed.), *Le prince chrétien de Constantin aux royautés barbares (IV^e-VIII^e siècle)*, Paris: Association des Amis du Centre d'Histoire et Civilisation de Byzance, Coll. Travaux et mémoires 22/2, 2018, 608 pp. [ISBN: 978-2-916716-66-4]

Durante los días 5 a 7 de octubre de 2016, la Université de Paris Ouest de Nanterre acogió el congreso «Le Prince chrétien, IV^e-VII^e siècle», organizado por S. Destephen, B. Dumézil y H. Inglebert. En él tomaron parte algunos de los más reputados especialistas internacionales en el ámbito de la Antigüedad Tardía, los cuales debatieron sobre una gran diversidad de aspectos acerca de la figura del soberano cristiano entre los siglos que conectan el mundo antiguo y el medieval. Fruto de ese encuentro científico es el volumen que presentamos aquí.

El protagonista de sus páginas es el príncipe cristiano tardoantiguo, una categoría que engloba tanto a los emperadores romanos de los siglos IV y V como a los emperadores bizantinos y los reyes bárbaros de las siguientes centurias. Se trata de una figura extraordinariamente compleja, como bien manifiesta H. Inglebert en la introducción del volumen, pues corresponde a un tipo de realeza vinculada al elemento religioso de un modo muy particular, que solo documentamos en este período histórico. Este príncipe cristiano nada tiene que ver con el rey-sacerdote o el rey-dios de épocas precedentes, y que atestigüamos en lugares como el Próximo Oriente asiático o el Egipto faraónico. También se diferencia del emperador romano alto

imperial, pues este, en su calidad de *pontifex maximus*, se limitaba a ser el responsable de las buenas relaciones de su pueblo con los dioses. Y asimismo, la figura del príncipe cristiano tardoantiguo y la de otros monarcas cristianos de siglos posteriores tampoco admite comparación. En consecuencia, nuestro protagonista no corresponde a un rey dios, ni santo, ni sacerdote, ni taumaturgo, sino a un soberano que se erige en representante de un poder de origen divino; su función religiosa se limita a los aspectos terrenales del elemento sagrado. Ante todo es un soberano y como tal debe preocuparse del bienestar y seguridad de sus súbditos. Sin embargo, también es cristiano, y esto le lleva a defender, por ejemplo, a los cristianos que viven fuera de las fronteras del Imperio y a proteger los intereses de la Iglesia. En su calidad de príncipe cristiano, deberá ser creyente y piadoso, unas virtudes que habrá de manifestar públicamente ante todos sus súbditos. La cuestión de cómo realizar tal manifestación y, por tanto, de demostrar que se era un gobernante legítimo, se resolvió mediante una retórica que mostró qué acciones políticas, legislativas, militares y religiosas se esperaba de un buen príncipe cristiano. Este discurso, que se mueve entre la imagen retórica y la realidad, es el que se aborda en las páginas del volumen. Dado que, como ya hemos avanzado, estamos ante una cuestión compleja que puede ser abordada desde diversos puntos de vista, los trabajos que forman esta obra han sido agrupados en los siguientes seis grandes bloques: 1) el príncipe en los documentos, 2) el príncipe de las letras, 3) el príncipe en majestad, 4) el príncipe muy cristiano, 5) el príncipe

de la guerra, y 6) el príncipe benefactor. No obstante, las líneas que separan cada bloque resultan tan delgadas y frágiles que, como veremos, a veces tenemos la impresión de que un determinado artículo podría haber encajado perfectamente en otro apartado diferente del que se halla en origen. Pasemos a continuación a examinar, uno por uno, estos apartados.

En la primera sección («le prince en documents»), se estudia la lenta evolución, en materia de cristianización, de la documentación emitida por el príncipe durante la Antigüedad Tardía. Así se observa en el primero de los artículos que lo engloban, escrito por S. Corcoran y dedicado a analizar los cambios y la continuidad en la epigrafía oficial en el Imperio Romano de Oriente, sobre todo por cuanto concierne a la publicación de constituciones entre los siglos III y VII; el autor constata que la titulación imperial comienza a mostrar cambios a partir de Constantino I y que la cristianización tan solo se hace más explícita a partir del siglo VI, momento en que, además, el griego se torna la lengua dominante en las inscripciones oficiales. Seguidamente, C. Morrison se centra en las manifestaciones cristianas documentadas en la numismática de los emperadores orientales tardoantiguos. Tampoco aquí se da una revolución iconográfica, sino una lenta evolución en la que se mantienen muchos elementos de la tradición (temas militares y de triunfo, así como conmemoración de aniversarios imperiales); la cristianización se acentuará con la dinastía Teodosiana y se acabará de imponer a partir del siglo VI —cuestión relacionada con algunos trabajos del tercer bloque en los cuales se estudian aspectos

de la representación iconográfica del poder—. Con el artículo de A. Laniado regresamos al terreno legislativo, en este caso para examinar en qué modo trató el emperador el problema de la prostitución. También aquí se advierte una lenta cristianización de las leyes. Durante el siglo IV se mantiene en ellas el desprecio por las prostitutas y los proxenetas de épocas anteriores, pero no se hará nada para acabar con el lenocinio hasta Teodosio II, cuando la retórica del pecado entra en la ley.

El segundo bloque («le prince des lettres») se centra en la imagen del soberano reflejada en determinadas obras literarias y otros escritos. Así, S. Morlet analiza el discurso constantiniano *Oratio ad Sanctorum coetum* recogido por Eusebio en su *Vita Constantini* para exponer la influencia del obispo de Cesarea en su composición y llegar a la conclusión de que la imagen de un príncipe teólogo fue sobre todo una idea política de Eusebio, alguien muy próximo a Constantino I. Por su parte, B. Bleckmann se centra en el retrato positivo de Constancio II en la *Historia ecclesiastica* de Filostorgio —pues ambos compartían la misma fe arriana—; fue el triunfo del credo niceo el que hizo pasar a la Historia a Constancio II como un mal emperador y un hereje. Con el artículo de L. Mary, el protagonismo pasa a Amiano Marcelino, quien, pese a ser un autor pagano, retrató al príncipe cristiano ideal como aquel que se mostrara imparcial en materia religiosa (tal vez, señala con acierto Mary, como una crítica velada a la política intervencionista de Teodosio I). Finalmente, B. Dumézil analiza algunos aspectos de la concepción de la realeza entre los merovingios a través de la correspondencia

mantenida con Gregorio Magno y de otra documentación epistolar.

El tercer bloque («le prince en majesté») está consagrado en buena parte a la manifestación de la majestad imperial en sus diversas formas. De este modo, J.-P. Caillet estudia la representación del emperador en la escultura y en otras formas artísticas para observar que la asociación del monarca a símbolos cristianos solo se hizo evidente a partir del momento en que el cristianismo devino religión oficial, un proceso acentuado a partir del siglo V (algo que también se observa en la numismática). Con M. C. Carile, el protagonismo se desplaza al marco urbano, especialmente el de Constantinopla, como lugar de exaltación de la majestad imperial: todo en la urbe (desde las rutas a través de las vías triunfales y plazas honoríficas hasta los monumentos que las decoraban) estaba destinado a recordar la presencia del emperador y la grandeza del Imperio; y dado que era la ciudad del príncipe cristiano, debía convertirse en un espacio religioso lleno de iglesias y santificado por las reliquias. Seguidamente, V. Puech examina los elementos de la cristianización del ceremonial imperial durante la Antigüedad Tardía (concretamente el *aduentus*, los rituales ligados a la victoria y los funerales); estos elementos se constatan en la parte oriental del Imperio gracias a los escritos de Pedro Patricio (s. VI) conservados en parte gracias a haber sido recogidos en el *De cerimoniis* (s. X); el Imperio Romano de Occidente, en cambio, desapareció justo en el momento en el que el ceremonial comenzaba a cristianizarse de un modo más evidente. Finalmente, C. Martin examina el papel del rey visigodo en

su relación con la Iglesia hispana, más específicamente aquellos elementos comunes a la función real y la episcopal que hacían del monarca godu un «rey-obispo».

El cuarto bloque («le prince très-chrétien») estudia la faceta más devota del soberano. Así, S. Destephen analiza los desplazamientos religiosos (o peregrinajes) de los emperadores durante los siglos IV y V, y concluye que en la cuarta centuria los viajes del monarca siempre se realizaron por motivos militares o administrativos, aunque a veces este pudiera aprovechar tales marchas para realizar una breve visita a un santuario situado en su ruta; en cambio, a partir de la dinastía Teodosiana, los soberanos viajaron por motivos religiosos, por ejemplo para venerar reliquias. De todas maneras, como indica Destephen, esta visión puede estar condicionada por la misma naturaleza de las fuentes que nos informan sobre el tema. N. McLynn, por su parte, estudia la participación de los tres emperadores teodosianos orientales (Teodosio I, Arcadio y Teodosio II) en la liturgia eclesiástica de Constantinopla y en otras formas de devoción cristiana de la ciudad para concluir que el cambio más importante aquí se dio a partir de Teodosio II, tal vez como una respuesta a diversas iniciativas surgidas en la corte rival de Occidente. Con V. Fauvinet-Ranson regresamos a la *pars Occidentis*, en concreto a la Italia ostrogoda, para examinar la política religiosa de Teodorico y desmitificar su falsa imagen de rey perseguidor creada tras su muerte; bien al contrario, este monarca destacó por su neutralidad y tolerancia y no intervino en asuntos eclesiásticos, salvo en aquellos casos

de conflicto en que estuviera en peligro el orden público. Este bloque se cierra con un artículo de A. Gautier en el que estudia los orígenes del monasterio de Whitby como un claro ejemplo del ascenso de un reino cristiano en la Britania, el de Northumbria; sus reyes mantuvieron una relación muy estrecha con esta institución, hasta el punto de convertirla en una especie de monasterio dinástico, pues lo patrocinaron mediante la donación de tierras y la concesión de otros favores, y a cambio lo usaron en múltiples ocasiones como sede para eventos políticos y religiosos, e incluso como lugar de enterramiento.

En la quinta sección («le prince de guerre»), se recogen tres artículos donde la milicia imperial, contemplada desde la óptica cristiana, adquiere el rol protagonista. Por ejemplo, C. Nicolas aborda la formulación de plegarias por parte del emperador en el momento del combate a fin de matizar la visión historiográfica tradicional, según la cual para los emperadores del siglo IV sería más importante orar que combatir; en realidad, esto es el resultado de una imagen distorsionada ofrecida por las fuentes de la época. Por su parte, S. Janniard analiza el uso de tropas militares para reprimir las desviaciones religiosas en los siglos IV y V, y concluye que este era un último recurso que solo se daba si el poder imperial consideraba que el orden público y su propia legitimidad se veían comprometidos. En la última contribución de este bloque, M. Emion examina el importante papel desempeñado por los soldados de la guardia imperial en la manifestación del poder del monarca cristiano.

El sexto y último bloque («le prince bienfaisant») resulta el más extenso;

en él se estudia sobre todo la faceta evergética del príncipe cristiano, aunque no exclusivamente, pues algunas de las contribuciones se centran en la vertiente más tolerante del soberano. De este modo, R. Lizzi Testa repasa la política de Constantino I en relación con los templos y sinagogas y nos muestra una imagen totalmente contraria a la del Constantino I antijudío y antipagano promovida por Eusebio. Y esta idea de tolerancia se mantiene en el siguiente artículo, firmado por U. Roberto, donde se examina la presencia de paganos activos (incluso en la aristocracia, el ejército y la corte) en Occidente entre Valentiniano III y Antemio. Con el siguiente trabajo, entramos en el terreno propiamente del evergetismo. F. Montinaro estudia el empleo del término «evergeta» (en un principio reservado tan solo a los benefactores de origen extranjero de las ciudades griegas) en la titulación imperial bizantina entre los siglos VI y VII, un tema que, pese a estar documentado, ha sido poco estudiado. Las dos siguientes contribuciones se centran en el rol de evergetas de dos tipos de monarcas germánicos, los vándalos y los francos merovingios. K. Vössing desmitifica la imagen de un rey vándalo actuando como un evergeta clásico y atribuye esta imagen a la retórica de los panegíricos que deseaban ensalzar al gobernante. Por su parte, B. Boissavit-Camus estudia el papel de los reyes merovingios como constructores de iglesias y observa que, en su mayor parte, tuvieron un rol discreto en este sentido (destacaron más otros personajes, como por ejemplo obispos); dicho rol estuvo limitado las más de las veces a donaciones o confirmaciones de bienes a las iglesias. El

bloque se cierra con el análisis del evergetismo cristiano en un reino poco estudiado, Aksum (Etiopía); la autora del trabajo, M.-L. Derat, se cuestiona si el de los soberanos aksumitas (convertidos al cristianismo ya antes del 330) fue un evergetismo particular de tipo cristiano o bien se trató de transferir a los santuarios cristianos lo que ya antes se destinaba a los paganos.

Tras las excelentes conclusiones de M. Sot y B. Dumézil, en las que se sintetiza de manera eficaz las principales ideas expuestas a lo largo del volumen, este se cierra con los resúmenes de todas las contribuciones y con dos útiles índices de personas y pueblos (el primero) y de lugares (el segundo). La obra cuenta además con numerosas ilustraciones que facilitan la comprensión de aquellos artículos consagrados especialmente a los temas iconográficos.

La impresión que tenemos al finalizar la lectura de este libro es, de entrada, la de un trabajo bien construido y equilibrado, algo que no siempre resulta fácil de conseguir en una obra colectiva, donde el peligro de un resultado deshilvanado está siempre presente. No es este el caso, pues uno de sus grandes puntos de interés se encuentra, precisamente, en su dimensión interdisciplinar, con contribuciones de renombrados investigadores procedentes de distintas instituciones y especialistas en ámbitos diferentes. En este sentido, nos hallamos ante una empresa valiente y arriesgada, habida cuenta de la complejidad del tema abordado, como ya hemos puesto de manifiesto al inicio de esta reseña, a causa de los múltiples puntos de vista

desde los que afrontar el estudio del príncipe cristiano y de la retórica destinada a legitimar su figura. Esto se observa claramente en las propias conclusiones, donde comprobamos que dicha retórica –como el retrato biográfico de Constantino I realizado por Eusebio– a veces no se corresponde con la realidad, pues la intención era la de presentar a un príncipe cristiano ideal; en realidad, la política de los emperadores del siglo IV todavía seguía anclada en buena parte en la tradición anterior, y habría que esperar al siglo V para contemplar una aceleración en la cristianización del poder. Nos hallamos, pues, ante un libro revelador en muchos aspectos, con un marcado carácter erudito –como se desprende del alto número de fuentes y bibliografía citadas en las notas– y que actualiza y renueva el estado de la cuestión. En efecto, en sus páginas se matizan e incluso se rechazan muchos tópicos historiográficos, o –de una forma perfectamente documentada y razonada– se retoman algunas antiguas hipótesis de la historiografía tradicional y que habían sido abandonadas en favor de nuevos postulados –como es el caso de la influencia de Eusebio sobre Constantino I–. En conclusión, se trata, en nuestra opinión, de una obra de carácter novedoso y que habrá de ser de referencia obligada para todos los futuros estudios que aborden la relación entre el soberano y el cristianismo durante la Antigüedad Tardía.

Juan Antonio Jiménez Sánchez
Universidad de Barcelona
jjimenez@ub.edu